

Busbehey, poblacion pequeña, á dos jornadas de Tembuctu, los ganados, dando en cambio mijo y arroz.

Los negros y los moros no se ocupan mas que del comercio, y tienen muy escasos conocimientos en geografia. A todos los que he pedido informes acerca del curso del rio, me han contestado que pasa por Haousa, y va á perderse en el Nilo; pero no he podido inquirir datos mas exactos acerca del gran problema de la desembocadura del Dhioliba, el cual resolverá algun viagero mas dichoso.

Los naturales de Tembuctu poseen cuatro mugeres, como los árabes, pero no tienen como los mandingas la crueldad de castigarlas, lo que debe atribuirse á sus relaciones con los pueblos del Mediterráneo, las cuales les han hecho adquirir algunas ideas acerca de la dignidad del hombre.

En Tembuctu no tienen encerradas á las mugeres como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver á todo el mundo. Los habitantes son afables con los estrangeros, industriosos é inteligentes en el comercio, y guardan en su persona y habitaciones un aseo escensivo. Sus utensilios de cocina consisten en algunas calabazas y platos de madera; no conocen el uso de la cuchara y el tenedor; no tienen mas mueblage que algunas esterillas para sentarse, y forman su cama con cuatro piquetes clavados en el suelo, á los que enlazan una esterilla ó piel de becerro. Los ricos tienen una manta de algodón y un cobertor fabricado por los moros de las cercanías con pelo de camello y lana de sus corderos.

Los moros ocupan las mugeres en vender sus mercancías por las calles, y tambien las envian al mercado á establecer sus tenderetes. Estas mugeres visten con cierto arte y aseo; su trage principalmente consta de un sayo como el de los hombres, sin mas diferencia que carecer de mangas. Para las tocas adoptan modas diversas, pero generalmente se componen de un *fatara* de muselina ó de otra tela de algodón procedente de Europa. Aderezan con mucha gracia sus cabellos; la trenza ma-

triz, del grueso del pulgar, arranca de la parte posterior de la cabeza y la colocan inclinada hácia la frente, rematándola en una sortija de cornerina. Para sostener el pelo en esta posición gastan almohadillas y además le prenden con cuentas de coral, de ámbar, etc. Se untan de grasa el cuerpo y la cabeza, y además se adornan con muchos collares y un anillo que les atraviesa la nariz.

Todos los negros de Tembuctu están en estado de leer el Alcoran y hasta le tienen imbuido en el corazón, pues lo aprenden desde la niñez.

Los viveres son muy caros en Tembuctu, y me encontrara en grande apuro, si como en Time hubiera estado en el caso de proveer á mi subsistencia. Al bueno y generoso Sidi-Abdallahi debo mi regreso por el gran desierto, pues no poseia mas que un valor en mercancías de 25 piastras, que reservaba para comprarme un caballo, á fin de trasladarme hasta el mar, bien pasando por el desierto ó volviendo hácia el Oeste. Confieso que la travesía del Sahara en una estación tan seca me asustaba mucho, pues temia no poder soportar con tan escasos recursos las privaciones y fatigas del viage, acrecidas por el viento abrasador que reina continuamente y que hace intolerable el calor. Sin embargo, despues de maduras reflexiones me decidí definitivamente á sobrellevar los grandes peligros á que me esponia la gran sequía, aventurándome con una caravana en las movedizas arenas del desierto. Pensaba que si efectuaba mi regreso por Segó, Samandaing y nuestros establecimientos de Galam, pondrian en duda mi llegada y mansion en Tembuctu los envidiosos del éxito de mi viage, en tanto que regresando por los estados berberiscos impondria silencio el punto de mi llegada.

Sidi-Abdallahi me daba cada dia nuevas pruebas de su buen corazón, pues hasta me ofrecia, si me quedaba en Tembuctu, mercancías con que hacer el comercio de mi cuenta y poderme hacer con fondos para regresar á mi país sin auxilio

[The text in this block is extremely faint and illegible, appearing as a dense block of horizontal lines.]





Para sacar un bosquejo de la mezquita, me sentaba en la calle con el manto doblado sobre las rodillas....

de nadie. El temor de ser descubierto junto al deseo de volver á mi patria, me obligaron á rehusar sus generosas proposiciones. Además, mi viage por el interior de Africa no era conocido auténticamente y se hubiera olvidado si perecía, perdiéndose así para mí país las observaciones que habia recogido. Estas consideraciones me empeñaron á efectuar mi regreso lo mas pronto que me fuera posible.

Me dirigí á visitar la gran mezquita de Oeste, mas estensa que la situada al Este, pero muy destruida; subí á la torre, cuya escalera, situada interiormente, se halla casi demolida; á aquel sitio fui muchas veces á escribir mis notas para no despertar la atencion de los musulmanes. Durante mi viage siempre habia cuidado escribir mis observaciones al abrigo de los bosques ó de algun matorral.

Esta mezquita tiene cinco puertas al Este de diferente magnitud, tres al Sur y dos al Norte. Para sacar un bosquejo de ella me sentaba en la calle, con la capa plegada á las rodillas, y tenia una hoja de papel blanco, á la cual unia una página del Alcoran, y cuando se me acercaba alguno ocultaba mi dibujo y hacia como que leia las oraciones. De este modo los traseuntes pasaban sin reparar mas que en mi devocion.

Hablaba frecuentemente con moros que se interesaban en mi situacion, y que me preguntaban acerca de las costumbres europeas y del tratamiento que habia tenido con los cristianos. En cambio procuraba á mi vez obtener de su parte pormenores de las poblaciones cercanas y de sus distancias á Tembuctu; pero siempre se hacian los desentendidos, á causa, sin duda, de que mi situacion no era la mas á propósito para compensar aquel servicio. Los pocos informes que pude recoger de Tembuctu los debí á Sidi-Abdallah-Chebir y á algunos negros hisurs, que tuvieron la complacencia de contestar á mis preguntas. No tienen nocion alguna acerca del curso del rio al Este de la ciudad: Sidi-Abdallahi me aseguró que pasa por Hausa y desemboca en el Nilo. Esta tambien es la opinion ge-

neral de los árabes que habitan el país. A este río le designan en Tembuctu con el nombre de Bahar-el-Nil.

La casa que me habian destinado para habitacion, no estaba aun acabada, y por lo tanto tuve ocasion de observar su modo de construccion. A algunos pies de profundidad del nivel del suelo, encuentran arena de color gris mezclada con arcilla, con la cual fabrican ladrillos de forma circular que desecan al sol. Algunos muchachos de la clase de esclavos los trasladan en la cabeza en malas calabazas, lo mismo que el mortero, compuesto del material que los ladrillos. Los albañiles son esclavos, y trabajan con tanta inteligencia como los de Jené, y hasta me parecia que establecian los muros mas en regla. La obra de madera, como puertas, etc., es sólida y bien trabajada; en general, las cerraduras y la llave son de madera, y no cierran interiormente; para este fin se valen de una barra ó una cadena. La cubierta de las casas, que ninguna tiene mas de un piso se halla como la de la mezquita, sustentada sobre pies derechos. Su planta es cuadrada, y contiene dos patios interiores, á cuyo derredor se hallan distribuidas las habitaciones; estas afectan la forma de rectángulos prolongados, y les sirven al mismo tiempo de almacenes y de alcoba: estas habitaciones no reciben luz mas que por la puerta de entrada, y otra mas pequeña que da al patio interior; no tienen ni ventanas ni chimeneas. Algunos construyen en el patio con esterillas una estancia en la cual pasan el dia y la noche durante la estacion del calor.

Para defenderme del calor, me refugiaha en una mezquita como sitio mas aéreo y mas fresco; los naturales permanecen en sus casas, las que abandonan tan solo por la mañana y la noche. Durante esta se siente una calma abrumadora, y si se levanta un poco de aire, es como un vapor abrasador que deseca los pulmones. Esto me hacia experimentar un mal estar continuo.

La caravana destinada á Tafieta no debia partir hasta des-

pues de algunos días, y como no se dispusiera otra expedición hasta pasados tres meses, decidí aprovechar la ocasión de la primera. Temia permanecer en Tembuctu, á pesar de las reiteradas instancias de Sidi-Abdallahi, para aguardar á emprender el camino de Trípoli y Ardamas antes que el de Marruecos, y aun me anunció que tenia el proyecto de hacer una colecta en mi favor, sin embargo, á pesar de que me veia embarazado para escusarme de tanto favor, no cambié un punto de mi resolución, visto lo cual, todavía mi generoso amigo se ocupó en proporcionarme un guia de confianza para mi traslacion de Tafilet.

Los moros con quienes iba á viajar, no eran tan agradables ni tan civilizados como los establecidos en la ciudad; pertenecian á una clase designada con el nombre de *zenagués* (tributarios), clase tan ignorante que apenas conocen los principales rezos del Alcoran. Por lo tanto, era para ellos muy poco recomendable mi posicion escasa de recursos, y mi calidad de extranjero. Sidi-Abdallahi me proporcionó un camello, cuyo alquiler satisfice con el producto de la venta de algunas mercancías.

Empleé los últimos dias de mi estancia en Tembuctu en recoger noticias relativas al desgraciado suceso del mayor Laing. Supe que la caravana de que formaba parte, habia sido asaltado por algunas tribus nómadas, y que reconocido por cristiano lo maltrataron hasta dejarlo por muerto á fuerza de palos. Otro cristiano, que sin duda debia ser su criado, habia sufrido igual suerte. Los moros de la caravana le recogieron, y á fuerza de cuidados volvió en su acuerdo; trasladado á Tembuctu, curó de sus heridas con un bálsamo que poseia; pero su convalecencia fué lenta; sin embargo, gracias á sus buenas recomendaciones, no experimentó vejacion alguna de parte de los naturales. El mayor vivió próximo á mi casa, en la de un moro cuyo espíritu de caridad tuve ocasion de considerar por sus obsequios de dátiles y el regalo que me hizo de un vestido para el viage. Laing no habia cambiado su trage á la europea, y has-

ta se titulaba enviado por el rey de Inglaterra, su amo, para visitar á Tembuctu y estudiar las maravillas que encierra. Este viagero trazó el plano sin reserva de ninguna especie, porque, segun el mismo moro me dijo con su language sencillo y espresivo, habia escrito la ciudad con todo lo que contenia.

Otros moros á quienes interrogué acerca del mismo asunto, me informaron de que se le atormentaba para hacerle convenir en que no hay mas que un solo Dios, y que Mahoma es su profeta; pero que él se limitaba siempre á responder: «No hay mas que un solo Dios,» sin añadir nada; sin embargo, aunque le trataban de infiel, no le mortificaron de ningun otro modo, dejándole pensar y rezar á su manera. En efecto. Sidi-Abdallahi, á quien pregunté muchas veces si habian insultado al cristiano durante su estancia en Tembuctu, contestó negativamente con la cabeza, dándome á entender que no hubiera sido justo ocasionarle la menor molestia.

Esta tolerancia se esplica teniendo en cuenta, que los moros residentes en Tembuctu proceden de Trípoli, Argel y Marruecos, donde están acostumbrados á ver cristianos, y por lo tanto, son menos propensos á ensañarse con su culto y sus costumbres. Asi es como se comprende que el mayor pudiese recorrer la ciudad, y hasta visitar las mezquitas sin obstáculo.

Despues de adquirir un conocimiento exacto de la ciudad, trató de ver á Kabra y el Dhioliba; pero como al salir por el dia corrió grandes peligros por parte de los tuariks decidió partir de noche, en lo cual obró cuerdamente, pues si en la ciudad no le hacian daño alguno, tal vez encontrándole fuera no lo hubiera pasado bien.

En efecto, Laing, aprovechando una noche oscura montó á caballo, y sin guia ninguno llegó sin obstáculo á Kabra, y dicen que hasta la orilla del Dhioliba. Despues era el deseo del mayor regresar á Europa por el desierto sin ganar los establecimientos franceses del Senegal por Jené y Sego, subiendo el

Dhioliba; pero los fulans que pueblan las orillas del rio, declararon que no consentirian jamás pisara su territorio cristiano alguno.

Conociendo el mayor, que nada sacaria de aquellos fanáticos, escogió el camino de El-Aranan, donde esperaba reunirse con una caravana de moros traficantes de sal de Sansanding; pero desgraciadamente al cabo de cinco dias de camino con la caravana, encontraron una tribu errante, que bajo pretexto de que habia entrado en su territorio sin permiso, se apoderó del mayor y quiso hacerle reconocer su religion. Laing demasiado confiado en las recomendaciones que traia de Tripoli para todos los cheiks del desierto, rehusó obedecer al cheik Hamet. Laing prefirió morir antes que someterse: su resolucion le hizo mártir, y perder á la ciencia uno de sus mas hábiles viajeros.

Un moro de la comitiva del gefe de los zauats á quien ordenó dar muerte al cristiano, se horrorizó rehusando ejecutar su órden: «¡Qué! dijo ¿pretendes que asesine al primer cristiano que ha venido aqui, y que no nos ha hecho ningun mal? Encarga á otros su ejecucion ó mátales tú mismo.» Esta respuesta produjo momentánea suspension de la sentencia fatal, y hasta se agitó con calor en su presencia la cuestion de su vida; pero por último encargaron á algunos esclavos negros la repugnante mision que tan dignamente rechazó el moro; uno de ellos rodeó á la garganta del desgraciado mayor, la banda de un turbante y le estrangularon tirando por un extremo, mientras que su camarada tiraba del otro; sus restos quedaron en el desierto á merced de las aves de rapiña, y de las fieras que habitan aquellas regiones.

Reconocido el mayor por cristiano europeo tomó el partido que debia, pues cien veces era preferible la muerte á un cambio aparente de religion que debia hacerle renunciar para siempre á la esperenza de volver á Europa.

La suerte de Laing como musulman hubiera sido la mas

triste que se pudiera imaginar; en su extrema resolucion dió una prueba de intrepidez y prevision.

Al dirigirse á El-Aranan, llevaba consigo el mayor algunos instrumentos de astronomía y sus papeles; pero como casi todo se lo habian robado los tuariks, aprovechó bien poco su crimen al asesino del viagero inglés, pues hasta de este poco tuvo que partir con los flexibles cómplices. A un moro de Tafilet que iba en la caravana, le tocó un sextante, que segun me dijeron no seria dificil dar con él; en cuanto á sus papeles y diarios se distribuyeron entre los pobladores del desierto: durante mi estancia en Gurland, pueblo del distrito de Tafilet, ví una brújula de bolsillo fabricada en Inglaterra, y aunque no me pudieron decir su procedencia supuse que perteneceria á Laing. Mis deseos hubieran sido poseerla, pero las precauciones que tenia que guardar en mi disfraz de árabe, me estorbaron manifestar que daba la mas pequeña importancia á un instrumento cuya aplicacion aparentaba ignorar.

Inmensos descubrimientos quedan por hacer, sobre todo en lo concerniente á geografía é historia natural, pero mis padecimientos no deben desanimar á otros exploradores. Sin duda que sus tentativas serán peligrosas, pero creo que conduciéndose con tacto y prudencia se puede triunfar de los obstáculos. Sobre todo es menester viajar sóbriamente, adoptar en la esterioridad el culto de Mahoma, y hacerse pasar por árabe, y aun mejor por cristiano convertido. El mejor medio á mi parecer, seria cruzar en calidad de árabe el gran desierto de Sahara; á fin de no infundir sospecha, establecerse como traficante en la ciudad que se escogiese como punto de partida, y despues internarse en el pais con este pretesto, cuidando no hacer mérito para nada de la ciudad de Tembuctu. Asi debe irse ganando terreno hasta instalarse en esta ciudad con el mismo carácter de comerciante.

Despues de permanecer en esta ciudad un año ó año y medio y de hacerse con algunos esclavos mandingas ó bambaras

que entiendan el kisuro y el tuarika, es preciso proveerse de una buena piragua de mediana magnitud, precaucion indispensable, tanto por la inseguridad de que la suministren los habitantes de la orilla del rio, cuanto para ponerse al abrigo de su enemistad. Luego ofreciendo á los esclavos su libertad, se les empeña fácilmente en hacer el viage, que debe emprenderse so pretesto de comprar goma, marfil, etc, en la comarca inferior del rio. Proponiéndose navegar por mas arriba de Kabra no es preciso tomar tantas precauciones; pero siempre es preciso dejar casa abierta en Tembuctu.

Una vez en el rio, es prudente navegar por la noche, con objeto de no hallarse con la tribus vagabundas de los tuariks y otras: de dia es fácil contenerlas con algunos regalos. Esta conducta seguida con prudencia y reflexion, es susceptible de mas completo éxito que una grande espedicion, que de seguro despertaria la codicia ó desconfianza de los indígenas.

En la piragua puede hacerse la travesía con mas seguridad y rapidez que en una embarcacion grande. Mi huésped me aseguró que Hausa no dista de Tembuctu, bajando por el rio, sino una veintena de dias, pero en una piragua de dimensiones reducidas puede hacerse esta travesía en doce. Despues puede llegarse con rapidez hasta la embocadura del rio, sobre todo si va á perderse en el Océano. En seguir este itinerario hay, segun creo, menos peligro que en partir del golfo de Benin, donde se tropieza con mas obstáculos para internarse en la parte alta del pais, por efecto del clima y del carácter de los naturales.

IX.

MISIONEROS DEL CONGO (1).

Miguel Angelo y Dionisio Carli, enviados de mision al Congo por la congregacion romana de *Propaganda fidei*, partieron en 1666 con otros catorce capuchinos. No nos ocuparemos de la travesía que tuvieron que hacer por mar, sino únicamente de los peligros que arrostraron recorriendo una parte de Africa para estender y mantener la fé cristiana.

Despues de arribar á Loanda, puerto excelente de Africa y capital del reino de Angola, fueron recibidos por una muchedumbre de blancos y negros que les recibieron con alegría suma, besando sus hábitos y acompañándolos hasta su hospicio. La iglesia estaba ocupada por los principales personajes de la ciudad, y por mas de trescientas personas de todas clases que salieron á su encuentro. En el convento encontraron tres religiosos de su orden y algunos eclesiásticos enfermos. Dos misioneros llegados de Génova, poco antes que nuestros capuchinos, habian sucumbido, uno en Loanda mismo y otro en Mesangrana, poco distante de alli.

El vicario destinó desde luego á Angelo y su compañero al pais de Bongo y de alli á Bamba, lo cual disgustó mucho á los habitantes de Loanda, que esperaban retenerlos en su ciudad un año á lo menos, mientras se acostumbraban al clima y á los alimentos del pais. Nada de esto fué bastante á estorbarles su proyecto, pues cuanto mas negra era la descripcion que les

(1) Extractado de Pedro Blanchard.

hacian de los peligros que iban á arrostrar en el desierto, tanto mas se exaltaba su celo, y menos temor manifestaban hácia aquellos mismos peligros, que de mucho tiempo ya deseaban hacer frente.

Se embarcaron en una pinaza, y costeando la orilla llegaron en dos dias á Dante, en la frontera del reino de Angola, donde los portugueses tienen establecido un fuerte. Su primer cuidado fué saludar al gobernador y entregarle las cartas que llevaban para él del consejo de Loanda. Estas cartas contenian recomendaciones eficaces, á fin de que proporcionase á los misioneros el número de negros necesarios para trasladar sus equipages. El gobernador, durante los dos dias que permanecieron en Dante, hizo salar gran cantidad de pescados para su provision, ademas de treinta negros que escogió para que los acompañasen y de proveerles de hamacas y otros utensilios. Todos los naturales y europeos les disuadieron de llevar el vestido y calzado que prescribe su órden, puesto que era del todo imposible resistiesen el calor de aquel modo, y aunque con marcada repugnancia accedieron á someterse á los usos del pais vistiendo ropas mas ligeras.

Por estas regiones salvages son los caminos senderos muy estrechos, por donde con trabajo pueden ir dos personas de frente. Algunos negros caminaban de descubierta cargados con los equipages y provisiones; Angelo seguia despues en su hamaca, y Carli venia detrás tambien en una especie de litera seguido de los demas negros, cuyo oficio era relevar los conductores cuando parecian cansados. Apenas puede formarse idea de la presteza con que marchan por los penosos caminos; iban armados con arco y flechas; el término de su jornada era un libata (aldea), donde otros conductores debian reemplazar á los primeros.

El príncipe ó señor del libata, que los naturales llaman makoluta, se apresuró á visitar á los misioneros y les dió por alojamiento las dos cabañas mejores. En todo el reino, excep-

tuando San Salvador, no se encuentra una sola piedra; las casas mejores están construidas de tierra y cubiertas de bálago, la mayor parte no tienen ventanas ni mas abertura que la puerta. El makoluta llevaba á la cintura un pedazo de tela del tamaño de un pañuelo, y un manto de paño azul europeo que descendia hasta el suelo. El gusto general del pais está por lo azul. Los oficiales de su comitiva llevaban lo mismo, menos el manto; las demas gentes iban vestidas de hojas, ó pieles de mono, y los que viven en el campo, al abrigo de los árboles, están sin distincion de sexos ni edad enteramente desnudos.

En este libata, lo mismo que en el primero, no les aconteció nada de particular; en ellos practicaron sus ejercicios religiosos muy tranquilamente. Continuando su camino llegaron una tarde á otro libata, donde hallaron cerrada la puerta. El recinto estaba guarnecido de una muralla de la altura de una pica, hecha de zarzas, y la puerta la constituia un haz de ellas tambien. Abrióronla para recibir á los misioneros y el makoluta les ofreció cabañas; pero como era excesivo el calor, gustaron mas de pasar la noche en las hamacas, al aire libre, las que dispusieron colgadas por un lado del vértice de una cabaña, y por el otro del extremo de una cruz implantada en el suelo. Hacia media noche se acercaron á la muralla de zarzas tres leones dando rugidos espantosos. Carli despertado por tan horrible rumor levantó un poco la cabeza para descubrir los monstruos á la claridad de la luna; pero las zarzas estaban tan espesas y tan cubiertas de hojas, que no pudo divisarlos, aunque juzgaba no debian andar distantes. Sobrecogido de temor pensó al pronto en retirarse á una cabaña; pero considerando que era imposible á los leones traspasar la altura de la valla, decidió esperar con tranquilidad la llegada del dia. Tan pronto como pareció fuese á reunir á Angelo; el cual aprovechó la frescura de la noche para dormir profundamente sin oir los rugidos de los leones.

Despues de bautizar algunos niños se pusieron en marcha